

## INTRODUCCIÓN

“Cabello y cejas castaños y cara redonda, afeitada. Tiene ojos grises, nariz grande, boca mediana, mentón redondo, frente alta y una pequeña cicatriz en la mejilla inferior izquierda, cerca de la barbilla.” Así describió un pasaporte francés a Francisco de Miranda. Se trata, en principio, de una descripción merecedora de confianza, no sólo por su contemporaneidad sino por el tipo de fuente, de carácter policial. Se supone que los responsables de controlar las fronteras, por la propia naturaleza de su oficio, están interesados en disponer de datos cuanto más precisos mejor. El detalle de la cicatriz revela, inequívocamente, la necesidad de exactitud.

No parece tan difícil, pues, averiguar cuál era el aspecto del mítico precursor de la independencia de Venezuela y de toda América Latina, por más que una especialista diga que ésta es una tarea “casi imposible a pesar de los testimonios de época e, incluso, de la iconografía”. Las descripciones coinciden en lo esencial, aunque con el tiempo historiadores y novelistas embellecieron el modelo a su gusto. El héroe de la independencia debía ser apuesto, por descontado. No se podía pedir menos para un personaje que había conocido a George Washington, a Catalina II de Rusia, a Potemkin, a Napoleón, al duque de Wellington, a Simón Bolívar... y a tantas otras figuras. Los cronistas coinciden en elogiar la riqueza de su conversación, sus conocimientos vastísimos ya sea en historia, literatura o ciencia, fruto del estudio o de sus largos periplos por América y Europa.

Y, sin embargo, a Miranda se le ha postergado injustamente. “Es sólo un precursor”, dice un estudio reciente, con cierto tono despectivo. No hay que extrañarse, ese es el destino que suelen sufrir los que luchan y pierden. Como acaba pudriéndose en una cárcel española, su personalidad aparece oscurecida por el ciclón de Bolívar, el artífice de las victorias decisivas. Para la posteridad se verá reducido al papel de un Juan Bautista que anuncia la llegada del Mesías, papel que en este drama representa el Libertador.

Su turbulenta biografía es, ante todo, la de un hombre de acción. Viajero incansable, ha sido comparado con Ulises por su continuo deambular por tierras de América, Europa, África y Asia. En su caso, Ítaca era un Nuevo Mundo libre del dominio imperial español.

Coronel del ejército español, se distingue en diversos hechos de armas, primero en Melilla y más tarde en el Caribe. Acusado de varios delitos en circunstancias poco claras, se ve obligado a exiliarse para evitar la prisión. Tras

un rocambolesco periplo en el que aprovecha para mejorar sus conocimientos pero también para saltar de cama en cama, llega a la Francia revolucionaria. Allí se convierte en general al servicio de la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Las actuales historias del período ignoran su nombre, como si se tratase de un subalterno más, pero a las autoridades hispanas que lo vigilaban no les cabía duda de su relevancia. Desde su punto de vista, el hecho de que hubiera sido teniente coronel al servicio de España hacía aún más vergonzoso su compromiso político: “se pasó a Francia con una deserción ignominiosa, y figuró en los primeros años de la revolución francesa entre los principales facciosos siendo conocido con el nombre de General Miranda”.

Caído en desgracia, sobrevive de milagro al Terror jacobino. Marcha a Inglaterra, donde hará todo lo posible para convencer al gobierno inglés de que le conviene apoyar la secesión de las colonias americanas. El espionaje español, mientras tanto, le vigila atentamente:

*En todas las épocas en que la Gran Bretaña ha estado en guerra con España no ha dejado de molestar al Ministerio inglés con planes y proyectos para sublevar la América Española, y especialmente la Tierra Firme y Provincia de Caracas a donde ha enviado frecuentemente escritos sediciosos.*

Decepcionado con los británicos, que sólo le utilizan como un peón más en sus operaciones geoestratégicas, decide probar suerte en Estados Unidos. En 1806, tras muchos esfuerzos, protagoniza dos fallidos intentos de independizar Venezuela. Sus enemigos, bien informados, aguardan su llegada. Pocos años después, de la mano de Simón Bolívar, regresará a su patria a tiempo de ver proclamada la primera república. Recibirá plenos poderes para hacer frente a la amenaza realista, pero será vencido y capturado.

¿Perdedor? ¿Mártir? Michelet llegó a decir que Miranda había “nacido desgraciado”. Con su incomparable pluma, el gran historiador francés presentó una imagen altiva y sombría de un héroe infortunado. De un hombre “llamado al martirio más que a la gloria”, consagrado más que nadie en el mundo al triunfo de una idea, la liberación de América. El venezolano había entregado su juventud, su descanso y su fortuna a la lucha en la que creía, sin caer en el egoísmo ni por un sólo momento. Coraje, firmeza castellana y fe en su causa distinguían a este “noble don Quijote de la Revolución”.

Un Quijote que simboliza el descontento de una generación de criollos que se siente postergada por los españoles, acaparadores de cargos públicos.

La rivalidad entre ambos sectores será uno de los “argumentos de venta” que emplee para convencer a sus interlocutores europeos y norteamericanos de que es posible liberar las colonias.

Secesionista irreductible, por ironías de la vida le llamarán “español” muchos de los que se crucen en su camino, desconocedores del mundo que hay al otro lado del Atlántico. Michelet le presentará como un digno representante del carácter “español” por su heroísmo y austeridad cuando, en realidad, disfruta de una vida de lujo e incluso de ostentación. Tanta que cualquier observador se pregunta de dónde obtiene el dinero. No escatima, en efecto, placeres, ya sean sensuales o artísticos.

Por suerte, la vida de gran señor no le hace olvidar su compromiso con los valores ilustrados. No se conforma con una Venezuela libre, sino con toda América. Bolívar retomará más tarde esta aspiración para fracasar de nuevo ante los poderosos sentimientos localistas. El fruto de sus respectivos anhelos no será el imperio soñado, sino una miríada de repúblicas, a cual más dependiente de potencias extranjeras. De Estados Unidos, sobre todo.

Si el personaje público atrae, en medio de sus incesantes conspiraciones, el ser humano no resulta menos fascinador. Se ha dicho que la magnética personalidad de Miranda aglutina los dos personajes más arquetípicos del alma hispana: el utópico don Quijote y el conquistador don Juan. De esta última faceta pueden dar fe las muchas mujeres de todas las clases sociales que cayeron rendidas a sus pies. Mademoiselle de Saussure no pudo olvidar “su genio, el fuego de su imaginación”. La duquesa de Abrantes se sentía atraída por sus ojos magníficos y su sonrisa, de un encanto particular.

Tal máquina de seducción no tenía dificultad para llenar su lecho, pero aún así, cuando su libido se desbocaba, no dudaba en buscar los alivios del amor mercenario. De todo ello dejó constancia en sus diarios, con la naturalidad de quien se limita a registrar una función corporal más. Según Karen Racine, nada hay en su comportamiento fuera de lo normal: en el siglo XVIII no se tenían excesivos prejuicios sobre el tema. Para la citada biógrafa, sería un error pensar en un conquistador compulsivo que sólo buscaba sexo y sexo, ya que disfrutaba en compañía de las mujeres, respetaba sus opiniones y las valoraba como seres humanos.

Tal vez no fuera un “macho latino”, aunque la imagen que proporcionan sus escritos es la de alguien que necesitaba mucho el contacto corporal. Podía, perfectamente, lamentarse por la falta de educación femenina, plantear la igualdad de género... y querer acostarse con la primera belleza que se cruzara en su camino. ¿Quién dijo que un hombre no puede hacer dos cosas a la vez?

Creemos que la profesora Racine acierta cuando afirma que Miranda amaba a las mujeres pero no las necesitaba. Fue, en genial definición de Juan Carlos Chirinos, un “nómada sentimental”. En su caso, el sexo era un “vicio” tan urgente como la lectura o viceversa.

Puestos a dejarse deslumbrar, su figura apuesta y galante puede parecer diseñada a propósito para protagonizar una película de capa y espada, en medio de continuas intrigas y lances amorosos. ¿Nos encontramos, quizá, ante un líder de excepción? El propio interesado intenta parecerlo, con su esfuerzo en sobresalir en la carrera militar, o presentándose como un político sagaz, más lúcido y cultivado que el resto. ¿Es esta la realidad o hemos topado con un talentoso relaciones públicas, capaz de convencer a propios y extraños de su valía?

Miranda presenta dificultades especiales para el biógrafo que quiera ser objetivo. Él es el Precursor por antonomasia y, como tal, intocable. Al menos, para la denominada “historia patria”, donde la explicación racional de la independencia se sustituye por una mitología en la que unos héroes, a modo de semidioses, luchan por la libertad contra la barbarie española. En el marco de esta corriente, una evidente tendencia hagiográfica lastra la mayoría de la abundantísima bibliografía dedicada a nuestro hombre. Así lo reconoció uno de sus biógrafos más reconocidos, Caracciolo Parra-Pérez, al afirmar que Miranda era “el prócer de nuestra historia sobre el cual se han escrito más mentiras, se han inventado más leyendas y se han creado más fantasías”.

Parra-Pérez no exageraba. Si bien algunas fantasías -sin ir más lejos la que convierte al Precursor en amante de Catalina de Rusia-, parecen ya superadas, otras se resisten a desaparecer. Incluso la bibliografía reciente más académica sigue hablando de la supuesta Acta de París como de un hito trascendente. Como tendremos ocasión de ver, el presunto pacto firmado en la capital francesa para impulsar la libertad de América no pasa de mera invención propagandística. Más que tomar los documentos mirandinos al pie de la letra, los historiadores deben preguntarse cuándo están escritos y qué intención hay detrás de ellos. Porque su autor, no lo olvidemos, es un aspirante a líder, algo imposible si se cuenta siempre la pura y simple verdad.

Sin embargo, innumerables estudios han sustituido la objetividad por la épica, dedicándole las alabanzas más variadas e imaginativas. Además de Precursor, se le ha llamado Padre de la Independencia, Auténtico sabio, Ciudadano del Mundo, Épico Agitador, Quijote de la Revolución, Venezolano del fuego sagrado, etc. Como si tantos sobre nombres fueran pocos, Mario Briceño añadía dos más por su cuenta, Maestro de Libertadores y Vexilarlo de

la Libertad, "porque Miranda, a lo largo de su existencia, de su fecundo peregrinar, de su brega incesante, en las cumbres del triunfo y en las simas del infortunio, no fue otra cosa que un maestro (...), un gran abanderado de la libertad". Desde este punto de vista, defender la memoria de los héroes es defender "el máspreciado patrimonio de América".

La historia, aquí, ya no es una investigación científica sobre el pasado, sino un instrumento pedagógico para el consumo de la juventud. Las facetas oscuras se ocultan para sacar a la luz tan sólo los aspectos aleccionadores, es decir, el apostolado libertador.

En un campo tan minado por los prejuicios, diferenciar la realidad de la propaganda apologética resulta especialmente complicado.

¿Por dónde empezar?

Encontramos nuestro punto de partida en el monumental archivo mirandino, un inmenso *corpus* documental, fruto de años y años de acumular escritos con paciencia benedictina. Fue el Precursor quien lo organizó en los 63 volúmenes que hoy guarda en Caracas la Academia Nacional de la Historia.

Estos papeles permanecieron perdidos durante décadas, tras el hundimiento de la primera república venezolana. El historiador norteamericano William Robertson los descubrió a principios del siglo XX, gracias a una feliz idea. ¿Y si se hubieran enviado a Londres, con destino a algún ministerio? De ser así, puede que se encontraran aún en Gran Bretaña, en el archivo del correspondiente ministro de la época. Éste resultó ser lord Bathurst, secretario de estado de la guerra y de las colonias en 1812.

Afortunadamente, la pista demostró ser correcta. Bathurst había trasladado los documentos a su biblioteca particular, con el fin de examinarlos. y en ella permanecieron a partir de entonces, al no ser reintegrados a un archivo oficial. Allí los encontró Robertson en 1922. Poco después, Venezuela compró el archivo. Así regresaron a Caracas no sólo los escritos del propio Miranda, también cartas de innumerables correspondientes, revistas, folletos, programas de conciertos y hasta la receta para elaborar queso parmesano. Tampoco faltan remedios para algunas enfermedades venéreas, seguramente empleados más de una vez. Se trata de un auténtico "milagro documental de Venezuela", por utilizar la expresión de Salcedo-Bastardo. El problema es que demasiados investigadores se han dedicado a glosarlo casi como si no existieran más fuentes. Con renuncia, a veces explícita, al distanciamiento crítico. ¿Qué quiere decir Tomás Polanco cuando afirma que el Precursor, como ser humano, era de una forma concreta que "no puede verse de otra manera que la suya propia"? ¿Por qué debería creerse el biógrafo a pie juntillas la visión que el

biografiado tiene de sí mismo? Al fin y al cabo, casi todos tendemos a creernos mejores de lo que en realidad somos. Además, es obvio que Miranda, cuando le convino, no dudó en deformar los hechos a su gusto. Así, cuando atraviesa Estados Unidos, no vacila en presentarse con una víctima de la Inquisición. El Santo Oficio, asegura, le ha arrebatado su nutrida biblioteca. No es verdad, pero así gana las simpatías de unos norteamericanos que ven confirmados todos sus prejuicios sobre el oscurantismo español. Este es un ejemplo, entre tantos, de los peligros de un exceso de credulidad.